

JOSÉ JAVIER VILLARREAL

Las penas del guardador de rebaños

TRAS LA HUELLA DEL *POLIFEMO*



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Índice

<i>Liminares</i>	11
Antecedentes y adelantados	17
El canto de las ínsulas extrañas.....	33
Poesía e imaginación	67
El nuevo arte de escribir poemas	100
Una generación incómoda	146
La materia del canto	154
<i>Procedencia de los poemas y fragmentos citados</i>	197
<i>Índice onomástico y de obras</i>	199

Liminares

Durante mi último año de maestría en la Universidad de Texas, en El Paso —en 1996—, empecé a visualizar un estudio en torno al *Polifemo*, de Luis de Góngora, con el anhelo escudriñador de José Lezama Lima: “Algún día cuando los estudios literarios superen su etapa de catálogo, y se estudien los poemas como cuerpos vivientes, o como dimensiones alcanzadas”.¹ En ese trabajo me pondría hacer mi lectura y comprensión del poema a la luz de las diferentes reflexiones que han hecho los poetas y críticos de mi tiempo sobre el quehacer poético en general. Con esto me refiero a un sólido corpus autorial que se ha venido configurando a lo largo del siglo xx, y cuyos antecedentes (Goethe, Coleridge, Poe, Baudelaire, Darío) trazaron un abordaje crítico en el cual se fusionaron, de manera categórica, la sensibilidad, la inteligencia, el conocimiento y la imaginación. Es decir, la pasión crítica. Ver el poema, conscientemente, desde el pensamiento de mi época. Leerlo con los ojos de mi siglo. Contemporaneizarlo. La pauta me la dio el simbolismo, la urgencia surgió de lo que se ha venido a conocer con el nombre de poesía iberoamericana. Me explicaré.

La revaloración de Góngora coincide con el inicio de las vanguardias, pero también coincide, y mucho más profundamente, con una visión del fenómeno poético postsimbolista (Mallarmé, Valéry). Es como si la poética gongorina, hasta finales del siglo xix, hubiera sido alcanzada por un aparato crítico que ha venido robusteciéndose y definiéndose a lo largo del siglo xx (Eliot, Benn, Paz, Auden, Haroldo de Campos, Lezama Lima). Leemos a Góngora a través de nuestros poetas.

¹ José Lezama Lima, *La expresión americana*, Irlomar Chiampi (ed.), Fondo de Cultura Económica, México, 1993, p. 97.

Enzensberger, en su libro *Detalles*, ha escrito que el rasgo distintivo de la poesía moderna es su apropiación dinámica de la poesía precedente; una tradición en marcha o, como apuntara Marina Tsvietáieva, “mirar hacia atrás y caminar hacia adelante”.² Baste recordar, a manera de ejemplo, el caso de Eliot y su revisitación a la poesía metafísica inglesa del siglo xvii. El de la generación del 27 con respecto a los Siglos de Oro. El efecto estremecedor que las revoluciones poéticas en lengua española, llevadas a cabo en los siglos xvi y xvii, tuvieron en las propuestas líricas hispanoamericanas, tanto en el modernismo como en las llamadas vanguardias de principios del siglo xx. O el caso, más reciente, del poeta sirio Adonis con respecto a la poesía árabe clásica. Joseph Brodsky concluye: “Un poema avanza por la fuerza de su acumulación creciente”.³

Pero no siempre el atrás nos precede. La mayoría de las veces convive dentro de un presente que sueña y prefigura un futuro. “En cada época —nos advierte Walter Pater—, los muertos, esa sociedad oscura, actúan sobre los vivos con la fuerza de una mayoría creciente que cada vez con mayor nitidez, y con una aceptación cada vez más cercana a lo universal, impone sus afirmaciones, asiente sus preferencias.”⁴ Las obras no sólo construyen puentes; corren a la par, establecen diálogos, se adelantan y se atrasan. Tropiezan. Algunas veces se ocultan; otras, se revelan en la obra que han influido. ¿Cómo leer a don Luis de Góngora después de haber leído a Huidobro, Vallejo, Girondo, Murilo Mendes o Lezama Lima? ¿Será lo mismo? Es obvio que no. Baste pensar sobre el concepto de neobarroco que se ha venido aplicando a buena parte de la poesía iberoamericana que cierra el siglo xx. Autores como Haroldo de Campos, en Brasil; Severo Sarduy, en Francia; Néstor Perlongher y Tamara Kamenszain, en Argentina; Roberto Echevarren y Jacobo Sefamí, en Norteamérica; Eduardo Milán, en México, han reflexionado sobre los tópicos y las direcciones que ostenta la poesía iberoamericana contemporánea. Y no sólo eso; también han profundizado en su raíz estética. Y es ahí donde los Siglos de Oro han aparecido con toda su fuerza germinativa. Pareciera que los siglos xvi y xvii, tanto españoles y americanos como portugueses, se han

² Marina Tsvietáieva, *El poeta y el tiempo*, Selma Ancira (ed.), Anagrama, Barcelona, 1990, p. 58.

³ Joseph Brodsky, “Por quienes doblan las campanas rajadas”, Aurelio Asiain (trad.), *Vuelta*, núm. 188, México, p. 18.

⁴ Walter Pater citado por Harold Bloom, *Los vasos rotos*, Federico Patán (trad.), Fondo de Cultura Económica, México, 1986, p. 52.

vuelto neurálgicos para comprender las propuestas estéticas de la actual poesía iberoamericana. Y Góngora como raíz fundacional de la misma.

Góngora al influir y condicionar un futuro se ve arrastrado, a su vez, por ese futuro. Es un autor del siglo xvii no sólo revisitado sino, gracias a su influjo seminal, contemporáneo. La tradición literaria no fluye diacrónicamente sino que se remansa en una embrionaria sincronía. La tradición gongorina penetró y definió la expresión artística americana del siglo xviii. Hizo posible la aventura estética iniciada por Martí y Gutiérrez Nájera y abanderada por Rubén Darío en el xix. Acompañó el airón del modernismo brasileño de 1922 y de las expresiones vanguardistas hispanoamericanas de principios del siglo xx. Su diálogo no cesa. Góngora, con una estricta visión crítica del hacer literario, nos pertenece con la misma inmediatez que la lengua viva e inteligente con la cual escribimos nuestro tiempo.

Antonio Alatorre, en su libro *Los 1 001 años de la lengua española*, sostiene que si hablamos de “nuestra lengua”, con respecto al español, debemos hablar también de nuestra literatura. Y esta pertenencia se extiende tanto en el tiempo como en el espacio. Tan válido es apropiarnos de las “Églogas”, de Garcilaso, como de los “Nocturnos”, de Xavier Villaurrutia. El español como lengua y como literatura nos involucra, define y expresa. Y no sería desmesurado pensar que el castellano, con su voluntad “hegemónica” (no hay que olvidar Granada y la reconquista, y lo que esto trajo), pero sobre todo por su necesidad estética renacentista ya palpable en Mena y Santillana, y que se agudizaría en el siglo xvi —acorde con el impulso humanista— para fructificar en el xvii, condiciona y determina una violenta mutación al español. Esta idea parte de una visión panorámica de las expresiones literarias castellanas de los siglos xiii, xiv y xv. Obviamente, hay sentidas diferencias, pero también hay una lenta evolución lingüística que engloba la expresión literaria de dichos siglos. Las necesidades expresivas de Boscán y Garcilaso, sobre todo de este último —a principios del xvi—, aceleran y demandan una lengua mucho más abarcadora y de un carácter reconciliador capaz de nombrar un registro lingüístico cada vez más amplio y complejo. El impulso vital de la lengua tomó para sus empresas vocablos, expresiones y construcciones provenientes de disímbolos reinos: del latín, del griego, del árabe, del italiano, del francés, etc. Incorporó americanismos y utilizó cuanta aportación pudo. El salto de la expresión lírica del xvi, con respecto al xv, nos lleva a proyectar el paso del castellano al español. El español como una lengua abierta, plural, receptora; esencialmente barroca en su crecimiento. En este sentido, la lengua que llega